



La “convivialidad de las diferencias” ES HIJA DEL AMOR

por Fr. FRANCESCO D. COLACELLI

“**E**stáis llamados a servir no sólo como el faro de la fe para la Iglesia universal, sino también como levadura de armonía, sabiduría y equilibrio en la vida de una sociedad que tradicionalmente ha sido, y continúa a ser, multiétnica y multi-religiosa”.

Son las palabras pronunciadas por el Papa Benedicto XVI en la homilía tenida en Jerusalén, durante el tan esperado viaje apostólico a la patria de Jesús. Palabras dirigidas a los fieles de la Tierra Santa, pero que cada uno de nosotros debe sentir las hacia sí mismo.

Si es verdad, de hecho, que el Medio Oriente tiene ya una consolidada tradición de convivencia, más o menos pacífica, entre etnias, culturas y religiones diferentes, ahora ya en cada ángulo de la tierra se pide “armonía, sabiduría y equilibrio” para garantizar aquella “convivialidad de las diferencias” que fue una de las expresiones más profetizadas del Siervo de Dios, Mons. Tonino Bello.

Dejando de un lado las interpretaciones políticas dadas a las palabras del Santo Padre por los órganos de información laicas, siempre dispuestos a subrayar más lo que divide que lo que pueda unir, yendo a la

fuentes, es decir al texto completo de la homilía del Papa, descubrimos que Él ha sugerido a los cristianos de Jerusalén, y no sólo a ellos, el método para volverse “levadura” de la sociedad: “conservar la esperanza donada por el Evangelio, teniendo en cuenta la prueba de la victoria definitiva de Cristo sobre el pecado y sobre la muerte, testimoniando la fuerza del perdón y manifestando la naturaleza más profunda de la Iglesia: el signo y sacramento de una humanidad reconciliada, renovada y rendida una en Cristo”. Como ha hecho san Pablo, que “ha conocido el precio de esta esperanza, su costo en sufrimiento y persecución por amor del Evangelio”. Como ha hecho, en un tiempo más cercano a nosotros, san Pío de Pietrelcina, que ha sufrido humillaciones e incompresiones sostenidas por el conocimiento que “detrás de la mano del hombre que de esta manera se manifiesta” está la “mano de Dios que se oculta, que no puede caer un cabello de nuestra cabeza sin el permiso de nuestro Padre celeste y que Él los vigila paternalmente sobre nosotros”. Gracias a esta fe y a esta esperanza “la amargura de la prueba” venía “endulzada con el bálsamo de su bondad y de su misericordia”.

No se explican de manera dife-

rente el papel ejercido por san Pablo como “levadura” de las gentes en el primer siglo del cristianismo y la “clientela” mundial que el Padre Pío ha llamado y continúa a llamar a San Giovanni Rotondo y que reúne alrededor de su nombre en todos los ángulos de la tierra.

Sólo de esta manera podemos explicarnos el “encanto” que nuestro santo hermano ejercita no sólo sobre los católicos, sino también sobre los cristianos de otras confesiones, sobre los judíos, los musulmanes y los hinduistas.

Es el encanto de quien emana “armonía, sabiduría y equilibrio” tomándolo directamente de la fuente, es decir de aquel Dios que es padre de todos los hombres y que, a través de su Hijo, nos ha revelado: “De esto todos sabrán que sois mis discípulos si os tendréis amor unos a los otros”.

Con este conocimiento nos preparamos a acoger en San Giovanni Rotondo al Vicario de Cristo del cual recibiremos la sabiduría evangélica y el testimonio de vida para ver en el Padre Pío no tanto su extraordinario carisma sino su esfuerzo de amar a Dios y a los hombres y de esperar contra toda esperanza. ■